

## NOTAS PARA PENSAR UNA RELACIÓN ENTRE SUJETO Y NARRATIVIDAD. ANÁLISIS DESDE **EL CUENTO DEL CUENTO** DE ARTURO ROIG

Silvana Paola Vignale

Universidad Nacional de Cuyo (Argentina)

[silvanavignale@hotmail.com](mailto:silvanavignale@hotmail.com)

### Resumen

El presente trabajo se propone mostrar un vínculo posible entre narratividad y subjetividad. Problematizaremos la relación entre el conocimiento y la narrativa a partir de la distinción “realidad-objetividad” desde el trabajo del filósofo mendocino Arturo Roig, *El cuento del cuento*, y luego esbozaremos una pedagogía que tome en cuenta esta distinción, y la de una infancia no estereotipada. Cuando en general se habla de narrativa, suele ésta ser acotada al ámbito de la literatura culta, a la escritura de ciertos géneros como novelas y cuentos. Intentaremos ampliar esta noción, vinculándola a los procesos de subjetivación a través de los cuales nos constituimos en quienes somos. Desde este punto de vista, la narrativa no está desprovista de elementos ideológicos, por tanto, los discursos están enmarcados siempre, además de su contexto espacio-temporal, a un determinado pensamiento que anima determinadas prácticas sociales. En este sentido, podemos decir que somos lo que, desde los discursos dominantes, se hace de nosotros, y aquí el lenguaje nos condiciona a determinados estereotipos. Frente a esto, referiremos también al lenguaje una función liberadora, en tanto permite poner en cuestión los discursos dominantes.

Palabras clave: narratividad - subjetividad - lenguaje - objetividad - realidad - cuento

El presente trabajo se propone mostrar un vínculo posible entre narratividad y subjetividad. Problematizaremos la relación entre el conocimiento y la narrativa a partir de la distinción “realidad-objetividad” desde el trabajo del filósofo mendocino Arturo Roig, *El cuento del cuento*, y luego esbozaremos una pedagogía que tome en cuenta esta distinción, y la de una infancia no estereotipada. Cuando en general se habla de narrativa, suele ésta ser acotada al ámbito de la literatura culta, a la escritura de ciertos géneros como novelas y cuentos. Intentaremos ampliar esta noción, vinculándola a los procesos de subjetivación a través de los cuales nos constituimos en quienes somos. Desde este punto de vista, la narrativa no está desprovista de elementos ideológicos, por tanto, los discursos están enmarcados siempre, además de su contexto espacio-temporal, a un determinado pensamiento que anima determinadas prácticas sociales. En este sentido, podemos decir que somos lo que, desde los discursos dominantes, se hace de nosotros, y aquí el lenguaje nos condiciona a determinados estereotipos. Frente a esto, referiremos también al lenguaje una función liberadora, en tanto permite poner en cuestión los discursos dominantes.

Arturo Andrés Roig, en su libro *Narrativa y Cotidianidad*, destaca al erudito ruso Vladimir Propp (1) y sus intentos por ampliar esta noción de narrativa. Roig quiere mostrar cómo el lenguaje es mediación y, en todo caso, es siempre una construcción de la realidad. Para eso, pone de manifiesto la labor de Propp de generar instrumentos metodológicos del discurso que se ocupen de expresiones que deben ser analizadas más allá de su estructura y pertenencia a un género literario. Se trata de un intento por superar el formalismo y extender la noción de “narrativa”, dándole una significación más amplia, referida por ejemplo también a los discursos políticos y filosófico-políticos.

A partir de aquí podemos decir que hay un cuestionamiento respecto de la vinculación de los saberes a una verdad *a priori* y universal. El análisis de los discursos, desde un punto de vista meramente formal, y desprovistos de una hermenéutica que se ocupe de rastrear los supuestos filosóficos, políticos y éticos del mismo, postula encubiertamente una adhesión a una verdad absoluta, y una relación de correspondencia entre el discurso y la realidad. Esta crítica nos lleva a pensar la narrativa no sólo desde el punto de vista lingüístico, sino antropológico, como un hecho que da cuenta de las identidades culturales en diferentes tradiciones y de una otra concepción del sujeto, no ya de aquel sujeto dado previamente, sino de aquel que se constituye a partir de la narratividad, esto es, del universo discursivo en el que está inmerso. Para decirlo de otro modo, se trata de un interés por el *quién* es el que *dice*, y no meramente por “*lo que*” se dice, lo cual escinde el discurso del sujeto que lo pronuncia.

Por universo discursivo Roig entiende:

“la totalidad actual o posible de los discursos correspondientes a un determinado grupo humano en una época dada (sincrónicamente) o a lo largo de un cierto período (diacrónicamente) y sobre cuya base se establece, para esa misma comunidad, el complejo mundo de la intercomunicación” (2).

De acuerdo con esto, el lenguaje nos permite configurar una realidad que está ligada a su contexto y a su tiempo, pero también

realiza la configuración de la propia subjetividad, esto es, que por la palabra y a través de ella nos constituimos en quienes somos, pero también con relación al “otro”, con quien establecemos una comunicación, así somos seres en relación por la palabra. Para precisar lo que estamos diciendo, nos referiremos a la conferencia *Cuento del cuento*, expuesta por Roig en CRICYT (Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas – CONICET), en 1995. En ella, Roig quiere determinar la naturaleza y función de la narrativa a partir de la distinción entre “realidad” y “objetividad”.

Por “realidad” hace mención de aquello que “nos excede en todo momento”, que, desde un punto de vista cognoscitivo puede tenerse tan sólo una aproximación, pues la realidad es siempre lo desconocido, algo “que siempre se nos escapa”. Sin embargo, suele crearse la ilusión de haberla captado en su totalidad, cuando lo que tenemos de ella no es más que una construcción. A esto denomina Roig “objetividad”.

Mientras la *realidad* es lo dado, “el mundo”, la *objetividad* es un constructo que para nosotros vale en cuanto realidad. La *objetividad* intenta reproducir la *realidad*, ser espejo, por eso se corre el riesgo de “naturalizarla”, de no percibir que se trata de una construcción, de crear la ilusión de que aquello que construimos es “la” realidad.

Esta construcción de la *realidad*, podríamos decir, lo que el mundo es *para nosotros*, la construcción del conocimiento de todas las cosas, es posible mediante el lenguaje. El lenguaje no es otra cosa que un puente, una mediación entre nosotros y el mundo, que nos permite objetivarlo para organizar nuestro conocimiento.

Dice en esta conferencia Roig “Para nosotros existe la realidad en cuanto mediada por el lenguaje, la realidad no es pues *la realidad*, sino *nuestra realidad*, o si ustedes prefieren, nuestra aproximación a la realidad...”.

¿Qué es lo que quiere decir que la realidad está mediada por el lenguaje y que el lenguaje es mediación? Pues que tenemos una realidad en la medida en que podemos nombrarla, que las palabras son puentes entre nosotros y la realidad, que sólo por el lenguaje se nos abre el mundo, podemos comprenderlo, darle sentido a lo que nos pasa, historizarnos a nosotros mismos.

A partir de esta problematización de la objetividad del saber, que ya no puede ser planteada sin tener en cuenta el lenguaje como mediación, el discurso y el sujeto no son cuestiones separadas, escindidas. Desde esta posición acerca de la narrativa y el lenguaje, se tiene en cuenta al sujeto que produce los discursos en su carácter histórico y situado. Así el discurso es el discurso de *alguien*. De esta manera, la “teoría crítica de las ideologías” se constituye, dentro de la “teoría general del discurso”, en poseedora de nuevas herramientas de investigación: el discurso deja de ser analizado mecanicistamente de modo simple desde el punto de vista formal, y se vuelca hacia un análisis hermenéutico que lo contextualiza, dentro de un marco de valores y tradiciones, desentrañando sentidos. El discurso deja de ser “puro” para dar lugar a su contenido ideológico.

Dice Roig:

“La función de mediación del lenguaje alcanzaba de este modo una clarificación a la vez que su naturaleza idioléctica comenzaba a ser entendida en relación con las diversas formas de la conciencia social, por lo mismo que el sujeto del discurso, en cuanto emisor y receptor de un mensaje, no podía ser entendido ya como extraño a un sistema de códigos y dejaba de ser un sujeto individual, pretendido creador absoluto. Se había relativizado, pues, la noción de sujeto, mas al tiempo aparecía revalorada la relación histórica, concreta, que hay siempre entre un discurso y el sujeto que lo enuncia, relación que se había borrado en el análisis tradicional de los textos” (3).

El sujeto entonces aparece aquí en intimidad con el discurso. Se constituye a partir de la narratividad. En el *Cuento del cuento* Roig dice “somos puro cuento”, con lo cual está diciendo, no sólo que el lenguaje nos permite darnos una realidad posible, ser un puente entre nosotros y el mundo, y entre nosotros y los otros; sino que por el lenguaje nos constituimos en lo que somos, nos transformamos en lo que vamos siendo. Somos nuestras palabras y las palabras que dijeron y dicen nuestra realidad. Somos el cuento que contamos, y en este sentido, cada vez que otorgamos sentido a nuestras experiencias, vamos modificando nuestra propia historia, vamos contando nuestro propio cuento.

Habíamos mencionado más arriba la tendencia a naturalizar nuestra *realidad* como “la realidad”. De la misma manera sucede en la relación entre los seres humanos a partir de lo que el lenguaje *fija* en esas relaciones. También construimos con el lenguaje una realidad respecto de los otros que luego pretendemos hacerles coincidir, se trata de estereotipos fijados desde prácticas discursivas dominantes, desde las cuales se justifican relaciones injustas y arbitrarias, naturalizando roles, jerarquías ontológicas, y la instrumentalización de las relaciones, aquello que Kant denunciaría como considerar a los otros como medios y no como fines; y a partir de los cuales se reduce la diferencia. Como ha sucedido con la infancia.

Solemos reducir la infancia a una edad cronológica, desde un punto de vista evolutivo, y cargándola valorativamente desde la negatividad. Se la recluye a los confines de lo informe y de lo absolutamente posible, de la ignorancia, de la debilidad, de la impotencia. El niño es “el que no sabe, el que no puede, el que no tiene aún forma”. Los adultos y la pedagogía se encargarán de darle esa forma que “deben tener”. Se justifican por estas razones formas de dominación y sujeción a la “superioridad” adulta. ¿No será que queremos ver en los niños lo que creemos que los niños son? ¿No nos daremos cuenta que los discursos pedagógicos

que sitúan la infancia en este terreno son puros cuentos?

En relación a cómo construimos la imagen de la infancia, Roig, dice:

“Pero ocupémonos, ya para concluir, del niño y de los cuentos que les cuentan a los niños. ¿Vamos a continuar aherrajando al niño –así como se hizo con la mujer y su feminidad– dentro de una ‘subcultura infantil’ controlada y dirigida en función de una sociedad que les niega el acceso a lo humano? La ‘sub-cultura infantil’ ¿no está acaso en manos de un mundo en que todo lleva la mancha de la mercancía? ¿Los cuentos, las leyendas y las tradiciones, serán reformulados desde la construcción de la objetividad social en la que rige determinada moralidad destinada a frenar formas de emergencia social?” (4).

Cabe aquí la pregunta: ¿en qué medida el lenguaje puede ser liberador de los estereotipos? ¿De qué modo los cuentos que contamos pueden contar algo nuevo, es decir, algo que no sea la repetición de una imagen acabada de quienes somos? ¿Qué lenguaje es aquél que nos permite “decirnos” expresando nuestra singularidad? Valorar y pensar cómo nos determina el lenguaje en nuestra relación con el mundo y con los otros quizás nos posicione de otra forma en el momento en que otorgamos sentido y proferimos palabras a los otros. A partir de estas relaciones se abren diversas posibilidades de pensar pedagogías menos totalitarias, y relaciones libres entre maestros y alumnos. Para dar lugar a la diferencia propia de cada niño, sin pretender reducirlo a “la sabiduría de los contenidos mínimos”. Contemos nuevos cuentos.

Con este trabajo hemos querido llamar la atención sobre la necesidad de pensar cómo nos relacionamos al lenguaje, atendiendo al vínculo entre subjetividad y narratividad para tener como horizonte una relación otra con el lenguaje y con la infancia. Para terminar y con palabras de nuestro filósofo:

“Somos seres mediados y en tal sentido somos ‘puro cuento’, pura mediación. En unos casos para justificar las relaciones de superioridad, de poder y hasta de explotación; en otros, para levantarnos desde el cuento y mediante el poder del cuento, en actitudes de emergencia y de liberación.” (5).

## Notas

- 1- Rusia, 1895-1970, se dedicó al análisis de los componentes básicos de los cuentos populares rusos para identificar sus elementos narrativos irreducibles más simples.
- 2- ROIG, Arturo. *Narrativa y cotidianidad. La obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano*. Quito, Belén, 1984, p. 5.
- 3- ROIG, Arturo. *Narrativa y cotidianidad. La obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano*. Quito, Belén, 1984, p. 11.
- 4- ROIG, Arturo. “*El cuento del cuento*”. Conferencia en CRICYT (Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas – CONICET), 1995.
- 5- Ibídem.

## Bibliografía

- ROIG, Arturo. *Narrativa y cotidianidad. La obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano*. Quito, Belén, 1984.
- ROIG, Arturo. “*El cuento del cuento*”. Conferencia en CRICYT (Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas – CONICET), 1995.